

## RECUERDOS SOBRE GUY DE MAUPASSANT

Por Frank Harris (1)

Hacia 1880, en París, trabé amistad con Maupassant, gracias a Blanche Macchetta (2), nacida Roosevelt.

Ella y Maupassant eran viejos amigos y le bastó hablarle bien de mí para que él me acogiera amistosamente en su casa la primera vez que le visité.

Por su aspecto, Maupassant no parecía un hombre genial. Apenas de estatura media, era robustísimo y guapo; la frente alta y cuadrada, el perfil griego, la mandíbula fuerte y sin dureza, los ojos gris-azulados profundamente hundidos, el bigote y el pelo casi negros. Tenía modales perfectos, pero al primer momento parecía reservado y poco propenso a hablar de sí mismo o de sus obras. Ya había publicado *La casa Tellier*, superior, para mí, a Bola de sebo.

No he sido el único que, a primera vista, no ha intuido el genio de Maupassant; muchos de sus compatriotas, que le conocieron durante años, tampoco supieron darse cuenta. Zola en persona me explicó que en la época de Las Veladas de Médan (3) nadie esperaba nada de Maupassant.

Lógicamente se había establecido que el relato de Zola tuviera prioridad sobre los demás y que el orden de los otros cinco escritores se estableciera tras la lectura. Maupassant fue el último en leer su relato: Bola de sebo. Apenas acabada la lectura, le aclamaron a coro y en un impulso de entusiasmo, típicamente francés, le proclamaron maestro.

A priori, su discreción hubiera podido tacharse de impenetrable bajo una égida hecha de presunción juvenil. Una vez contó que era de origen normando y había heredado de sus antepasados la pasión por el mar; otra, afirmó que su familia era originaria de Lorena y que su nombre seguramente derivaría de *mauvais passant*. A menudo mantenía que sólo escribía para ganar dinero y vivir en su yate, pero en la misma conversación explicaba como Flaubert le había corregido las primeras poesías y los primeros cuentos enseñándole el arte de escribir. Hacia el final de su vida, la adulación de la aristocracia le confirió un ligero tinte de esnobismo y dice la leyenda que en el interior de su sombrero sus iniciales iban presididas por una corona de marqués y que ni siquiera tenía derecho a la preposición con la que hizo preceder siempre su apellido. Pero, en el fondo, al igual que la mayoría de los franceses inteligentes, no daba demasiada importancia a los títulos nobiliarios y proclamaba constantemente la nobleza y la necesidad del trabajo y del deber cotidiano: en efecto, jamás admitió otra aristocracia que la del genio y la obra de arte o de ciencia.

Una noche lo invité a cenar y le propuse publicar una traducción inglesa de sus cuentos que habría pagado a un precio igual al mayor que pudiera cobrar en Francia. Quedó encantado ante el ofrecimiento y, puesto que necesitaba dinero, enseguida me mandó una serie de relatos que hice publicar más tarde, paulatinamente, en la *Fornightly Review*. (4)

Cuanto más trataba a Maupassant, más apreciaba este puro tipo de francés gentil, de buen humor, de mente abierta.

Era deportivo, practicaba el piragüismo y estaba orgulloso de su fuerza; quedó maravillado al darse cuenta que, gracias a mi precoz entrenamiento en las escuelas inglesas y a mi vida en las universidades americanas, era más hábil y quizá más fuerte que él. De sus labios oí por vez primera el dicho: "Dentro del buen animal encontramos al buen hombre (5)". Su vigor físico era increíble y aseguraba que después de un día de piragüismo por el Sena, todavía podía remar la noche entera. Le atraían los ejercicios violentos aún cuando llevara la peor parte. Una mañana, en el río, en Argenteuil, se levantó para ceder su puesto a otro remero; mientras avanzaba sobre el borde de la barca, el timonel, gastándole una broma, se inclinó hacia el mismo lado y Maupassant cayó al agua.

- ¿Cómo podía no reirme? -comentó alegremente- El golpe estaba tan bien calculado...

- ¿Tenía, al menos, algo para cambiarse?

-No, claro. Simplemente estuve remando para calentarme y la ropa se me secó puesta. En aquella época ni siquiera me resfriaba.

Creo poder atribuir a ese vigor superlativo los juicios tan benévolos que tenía para sus contemporáneos e incluso para sus rivales; ¡llegaba al punto de encontrar genial a Bourget (6)!

Al único escritor que le oí criticar fue a Edmond de Goncourt del cual ridiculizaba el "arte del estilo".

-Todos los que no tienen nada que decir son, claro está, meticulosísimos en el modo de decirlo -observó- Pero cuando la visión exacta y profunda de la vida se une al amor por la

palabra apropiada, como en Flaubert, entonces descubrimos al maestro.

Goncourt se mostró todavía menos ecuánime y después de la muerte de Maupassant rehusó atribuirle el título de gran escritor.

Cuando Maupassant se percató de que mi energía física era por lo menos semejante a la suya, empezó a hablarme de proezas amorosas. Al igual que muchos de sus compatriotas, manifestaba una extraña vanidad que casi nunca se refería a sus facultades más nobles.

-Generalmente -decía-, la gente se inclina a pensar que los hombres de las clases más bajas, los obreros y particularmente los marinos son mejores amantes que los que llevan una vida sedentaria; no estoy de ningún modo conforme con ello. Un escritor o un artista que hagan un poco de ejercicio y consigan conservarse bien de salud son combatientes mucho mejores en las lides amorosas que un cavador o un campesino. Hace falta inteligencia para dar a otro ser toda la felicidad posible.

Discutimos largo y tendido su tesis. Sostuve que la juventud es condición primordial para el éxito, pero, dejándonos boquiabiertos, no compartió en absoluto mi opinión y, para concluir la discusión, habló de doce coitos seguidos con la mayor naturalidad del mundo. Riendo, le recordé al señor Six-Fojs de Casanova; pero no aceptó la autoridad de aquella voz acreditada.

- ¡Seis! -exclamó-, ¡necesito sólo una hora para esto!

Pienso que de esta proeza deriva la historia que mi amigo Georges Maurevert me contó en Niza en 1923. Una vez, Maupassant, provocado por la incredulidad de Flaubert, se dirigió a una casa de citas acompañado por un portero al que hizo atestiguar que en una hora había poseído a seis de sus pensionistas.

Podemos dar crédito o no a esta anécdota; de cualquier modo, no constituye una injuria para Maupassant y menos aún para las costumbres francesas contemporáneas. También Lombroso (7) relata en una de sus obras que, en Roma, Maupassant y Bourget fueron a una ínfima casa de citas; allí, Bourget se sentó tranquilamente en un rincón, a pesar de las burlas de Maupassant que en seguida desapareció con una chica.

Más de una vez, Maupassant me confió que podía prolongar el coito cuanto tiempo quisiese.

-Peligrosa posibilidad -le dije, pensando que se trataba de una fanfarronada.

-Peligrosa, ¿por qué?

-Porque lleva fácilmente al agotamiento y a la depresión nerviosa. Seguramente lo suyo es tan sólo una metáfora.

-De ninguna manera -insistió-, y en cuanto al agotamiento ni siquiera comprendo lo que pretende decir. Tres o veinte veces, no siento cansancio.

¡Caray, uno que eclipsa a Casanova!

... Recordándolo, me preguntaba si todo esto se debería a un retraso en su trato con las mujeres o si durante la adolescencia habría prescindido de la masturbación. Me propuse preguntárselo. Y encontré la oportunidad dos días después, durante un paseo.

-En absoluto, la primera lección me la dio el destino. Tenía alrededor de doce años, cuando un marino se masturbó delante de mí. Como todo muchacho robusto hice lo mismo de vez en cuando, pero sin llegar a abusar.

-¿Ha sido la religión la que le hizo contenerse?

-No, ¡de veras! Nunca he sido piadoso y ya de niño sentía una cierta repulsa hacia todo lo que olía a religión. Sobre los dieciséis años, cuando empecé a hacer el amor, el placer que me produjo me curó de la masturbación. Supongo que siempre he sido normal en la práctica del amor, aunque sé que prolongo el acto sexual más que la mayoría de los hombres. Probablemente soy un poco especial desde el punto de vista puramente sexual, porque me basta desearlo para tener una erección. ¡Mire! ... dijo sonriendo.

Se detuvo y allí en medio de la calle, la tela tirante de sus pantalones demostraba que no mentía.

-Efectivamente no es normal. Yo también creía ser anormal porque tengo erecciones muy rápidas y porque, generalmente, los hombres dicen no estar preparados para el coito hasta al cabo de un cierto tiempo. Pero, sinceramente, tiene usted una facultad que supera todo lo que he oído decir. ¿Siempre ha sido así? -no pude evitar de preguntarle.

-Siempre, y durante el servicio militar era el asombro de todos.

-Hace un tiempo lo entiendo, pero conservar este vigor hasta los treinta y cinco o treinta y seis años es prodigioso. Debe ser el amante ideal para una mujer apasionada -dije.

-Esto es lo grave -contestó con calma-. Si semejante reputación se propaga, estás apañado. ¡Todas las mujeres están prestas a ofrecerse!

Lo curioso es que estaba más orgulloso de sus empresas amorosas que de sus obras literarias.

-¿Quién puede prever -acostumbraba decir-, si mis historias sobrevivirán? ¿Quién puede saberlo? Hoy te consideran un gran hombre y la próxima generación te tira al mar. La gloria es cuestión de suerte, una jugada a los dados, mientras el amor es una sensación nueva arrancada a la nada.

Su opinión no me convenció ni por un momento.

En 1885 o 1886 me mandó su Horla acompañado de una carta bastante extraña.

"Los críticos, o al menos la mayoría de ellos" me escribía, "creen que me he vuelto loco; pero usted no caerá en esta trampa. Estoy completamente cuerdo; pero esta historia me ha absorbido de una forma extraña. Ha hecho brotar de mi cerebro infinidad de ideas imposibles de explicar, infinidad de terrores instintivos que constituyen por así decirlo, el fondo remoto del ser."

Horla me trastornó; el título deriva de le Hors-la, locución aplicada a la duplicidad comprendida dentro de nosotros.

... -Su Horla es extraordinario -le dije a Maupassant cuando le volví a ver-. El terror que ha debido sentir y que ha inspirado esta obra demuestra, sin embargo, que sus nervios no están en orden.

-Nunca me he encontrado mejor.

Hacia tiempo, en Viena, había estudiado las enfermedades venéreas y precisamente en aquella época estaba terminando la lectura de un reciente estudio alemán sobre la sífilis, donde por primera vez se mostraba que esa enfermedad provoca la parálisis en ciertos sujetos, entre los cuarenta y los cincuenta, justo en el momento del declive de las fuerzas vitales. De pronto se me ocurrió una idea.

-¿Ha pasado la viruela?

-Sí, las enfermedades infantiles todas-contestó riendo-. ¡Todo el mundo la pasa de joven! Pero desde hace diez años ni rastro. Me he librado de ella hace tiempo.

Fue inútil comentarle el descubrimiento del especialista alemán, no le prestó atención.

Odiaba todo lo alemán y juzgaba exagerada la fama de la ciencia alemana.

-No obstante-insistí-, el otro día se quejaba de dolor en los miembros y tuvo que recurrir a baños calientes. Esto no es una señal de buena salud.

-Vámonos de paseo. Constataré que aún no estoy decrepito.

De momento rechacé mis temores, pero cuando pensaba en Horla, reaparecían. También algunos capítulos de sus restantes obras despertaron mi aprensión.

En primavera de 1888 volví a verle en Cannes; llegaba de Marsella en su yate, Bel Ami. Me habló de su viaje a Argelia y a Africa del Norte; se había aventurado hasta Kairouan, la ciudad santa, admirando su estupenda mezquita. Sin embargo guardaba muy pocos recuerdos; por ejemplo que cada indígena posea, además de la propia mujer, tres o cuatro concubinas y que todas son infelices al estar obsesionadas por los celos como si de una locura perenne se tratara. Estas desgraciadas aprecian más la mínima prueba de afecto que un gesto de pasión y las prostitutas se sienten más orgullosas de inspirar una señal de ternura que de provocar el deseo de los sentidos.

-Las novelas largas -me dijo un día-, son más fáciles de componer que un relato o un cuento. He escrito Pierre et Jean en menos de tres meses, mientras La Maison Tellier me ha costado mucho más tiempo y fatiga.

Quizá sea la preferencia de estos dos escritores por el relato corto, lo que siempre me ha empujado a asociar los nombres de Kipling y Maupassant; he de confesar que, para mí, el primero siempre fue un interlocutor más interesante. Contrariamente a la mayoría de los franceses inteligentes, Maupassant no era un conversador brillante. Sin embargo, a veces sorprendía: su amplitud de miras o la precisión de sus juicios denotaban una mente que "ha remontado a menudo el vuelo sobre el mundo", como dice Meredith.

Maupassant demostraba un patriotismo ardiente como el de Kipling, pero menos cegado por el prejuicio de la superioridad racial.

-¿Sabe -me dijo un día- que nosotros los normandos y bretones detestamos más a los ingleses que a los alemanes? Son ustedes nuestros verdaderos enemigos; han saqueado nuestras ciudades y depredado nuestros bienes. El alemán está lejos, mientras un simple brazo de mar nos separa de ustedes.

-De acuerdo. Pero, ¿cómo explica entonces que los ingleses no les teman ni les odien?

-En efecto, es extraño. Será porque nosotros éramos ricos cuando los ingleses todavía eran pobres, antes de la revolución industrial moderna. Los ricos siempre sienten miedo de

los pobres, un miedo instintivo que tiene sus buenas razones.

A pesar de la vivacidad de su mente y su carácter social y alegre, no me costó mucho apreciar la consistencia del juicio de Taine sobre Maupassant, cuando lo califica de "toro melancólico". Efectivamente este hombre de aspecto tan robusto, muy pronto empezó a quejarse de la vista; al cabo de un año o dos afirmó que durante una hora se quedaba ciego y, decía, "es una tremenda experiencia". En la misma época confesó haber probado una increíble cantidad de medicinas e incluso aspirado éter para aliviar sus neuralgias. Pero con elemental buen sentido, se percató de que sólo lograba retrasar el momento de las crisis. No es de extrañar que Flaubert le hubiese suplicado "moderarse en todo" y no abandonarse a ciertos accesos de tristeza que dejan deprimidos y "embrutecidos".

Nunca olvidaré una noche en particular. Había padecido toda la mañana una neuralgia que, poco a poco, cedió ante unos buenos vinos y unos buenos platos, cura rematada por una copa de magnífico oporto. Se hablaba de la fe en Dios, cuando Maupassant, personalizando la cuestión, exclamó:

- ¡Extraño ser el hombre! Una magnífica inteligencia que observa los sufrimientos y las miserias de su pobre vestidura corpórea. Me doy perfecta cuenta de que mi salud declina, mis dolores físicos aumentan y mi capacidad de trabajo disminuye. El supremo consuelo reside en la certeza de que cuando mi situación llegue a ser excesivamente dolorosa yo mismo podré darle fin. Pero hasta este momento no lloriquearé. He pasado buenos ratos, ¡ratos maravillosos!

En 1889 intuí la causa del regular aflojamiento de sus fuerzas. Había anulado una de nuestras citas y cuando, un mes después, nos volvimos a encontrar no le oculté que estaba un poco ofendido. Como disculpa balbuceó algo referente a una inesperada visita de París y continuó explicando que "los últimos amores son los más peligrosos. Ella es encantadora, un cuerpo perfecto, una amante ideal, tan ardiente como nunca la había encontrado... soy incapaz de resistirme., y, peor aún, ¡resistir al deseo de asombrarla! ¡Qué vanidosos imbéciles son los hombres! Luego, pago muy caro mis excesos. Durante toda la semana, después de una de nuestras noches voluptuosas, sufro como un condenado e, incluso ahora, aunque ella se ha marchado hace un mes, soy víctima de indecibles sufrimientos. Quisiera no volver a verla, me destruye, me vacía..."

Creí que era mi deber ponerle en guardia.

-Se ven en usted, clara y evidentemente, las señales de todos sus excesos -le dije-. El semblante lívido, la expresión extraña, turbada, ansiosa... Por el amor de Dios, acabe con estas orgías. A los veinte o treinta años vale, pero no a los cuarenta. Se juega la última carta. Si su cerebro no domina su cuerpo, está listo. Recuerde la bella frase de Shakespeare; ni siquiera Antonio se adaptaba a "ser la brisa o el abanico que refresca y aplaca la lujuria de una licenciosa"; creo que era su personal confesión.

¡... que aplaca la lujuria de una licenciosa! ¡Bella imagen! Todo lo que me dice ya lo sé, pero como de cualquier modo estoy acabado, ¿qué importa? Además, todo me gusta en ella. Su perfume me embriaga y, cuando se ha evaporado, el olor de su cuerpo es todavía más arrollador. La belleza de sus formas, la seducción inefable de sus negativas y sus consentimientos me arrastran a un delirio de sobreexcitación. Jamás había recibido u ofrecido semejante placer, querido amigo. Es un afrodisíaco irresistible. Apenas mi estado de depresión se atenúa, vuelvo a desearla: ¡la necesito! Sólo pienso en ella, mi alma y mi cuerpo se sienten tan atraídos por ella hasta causarme dolor. Naturalmente hago todo lo posible por dominarme y moderarme, pero apenas la tengo delante siento el vigor de diez hombres; luego, el apasionado deseo de dominarla, de vencerla; el loco deseo de llegar con ella al paroxismo de la voluptuosidad me subyuga, su ardiente conformidad me trastorna y, una vez más, me precipito en el abismo.

Ciertamente fue un amante excepcional, uno de los mejor dotados que nuestra memoria pueda recordar y aunque hablando entre hombres insistiera sobre todo en el aspecto físico de la pasión, las cartas a su amante demuestran, sin embargo, que la adoraba espiritualmente y que era la compañera y el complemento de su corazón. Estas cartas constituyen una de las más bellas novelas de amor de la literatura, comparable a Antonio y Cleopatra. y contienen expresiones capaces de competir con las más brillantes frases de Shakespeare. Es una obligación recordarlo y atribuirles la importancia que se merecen.

Pero, ¿quién era esa incomparable amante? Una rica judía, diez años más joven que él, casada y con un marido reacio a perdonar el menor asomo de infidelidad. Los amantes se encontraban en secreto, de vez en cuando. Diez años después de la muerte del escritor, ella publicó en la Grande Revue algunos recuerdos sobre su amante y sus relaciones. De la

lectura de estas páginas se desprende que si Maupassant le hubiera confesado el efecto negativo de sus ratos de amor, ella no sólo hubiera renunciado, sino que, sin lugar a dudas, también le habría animado a dominar sus sentidos. Pero siempre es él quien llama y siempre ella la que acude.

El afecto que le demuestra es profundo y noble, se complace en recordar sus virtudes, su gran amor por la madre, su caridad a veces ciega y su interés por hombres y mujeres fuera de lo común; finalmente su necesidad de obrar en cualquier circunstancia con lealtad y generosidad.

Naturalmente se extiende en relatar el amor que él le ofrecía y cita párrafos de sus cartas: expresiones soberbias de la humildad del amor, de la sagrada adoración del amor, que redimen la indignidad de nuestras sórdidas existencias.

En una ocasión Maupassant dijo: "sigo siendo novelista incluso en las caricias", y ella observa con gran delicadeza: "Más bien, creo que seguía siendo amante incluso en sus novelas".

Posteriormente evoca, con felices pinceladas, la magnificencia de su pasión.

"¿Cómo sabía amar y cómo sabía a cada encuentro renovar su amor! Haría falta una pluma más hábil que la mía para volver a evocar todos los esplendores de su pasión. Poseía el don incomparable de transformar las situaciones más vulgares en otros tantos momentos inolvidables. Todo se iluminaba y se transfiguraba alrededor de mí cuando estaba con Guy de Maupassant. Me hacía disfrutar los matices inalcanzables de las cosas, descubriéndome el encanto oculto que poseían. No hay una casa, ni un árbol, ni el remanso de un curso de agua de los que hablara, que yo haya podido olvidar. Gracias a él conocí tanto embeleso espiritual como para temblar cuando me pregunto qué hubiera sido mi vida de no haberle encontrado. Muchas veces latió mi corazón ante la belleza de ciertas cosas, ante ciertas alegrías y sufrimientos humanos que, sin él, hubiera ignorado para siempre. Los acontecimientos más banales adquirían a mis ojos un significado profundo y pintoresco cuando él me los explicaba. Y su voz, aquella voz profunda y acariciadora, ¿cómo conseguía pronunciar esas frases capaces de trastornar mi alma y transformar completamente las ideas y las convicciones que siempre creí haber tenido?"

La turbación que aquella voz "profunda y acariciadora" determinaba en ella, la sentía nuevamente al recibir las cartas de su amante, interesado por mantener en ella el culto de su amor:

"Tengo muchísimas cartas tuyas. Me escribía desde allá donde estuviera, desde París, Túnez, Cannes, Chatou, Etretat, desde cualquier sitio. La mayoría proceden de París y Cannes; me las escribía del modo más imprevisto y delicioso y cuando menos me lo esperaba. Particularmente en los períodos en que residíamos ambos en la misma ciudad. "En ocasiones, pasaba una semana sin escribirme una sola línea; otras, sus cartas llegaban continuamente, sin respiro, a veces sólo unas líneas pero tan bonitas, sugestivas y ardientes, que me dominaban por mucho tiempo.

"Llegaba a escribirme al cabo de una hora de habernos visto. No por eso le faltaban palabras tan exquisitas e insospechadas que, al leerlas, sentía el deseo irresistible de correr hacia él y agradecerle, con los ojos llenos de lágrimas, toda la felicidad que me brindaba."

En 1890 la amante notó un profundo cambio en Maupassant.

"Al principio se quejaba de una especie de alucinación olfativa que por lo que decía era implacablemente persistente... Esa sensibilidad del olfato empezó a transformarse en una verdadera pesadilla.

"No le trastornaban los olores presentes, sino los sentidos y advertidos en el pasado... Y todas sus reminiscencias de perfumes le remitían un conocimiento de otros recuerdos lejanos que le obsesionaban. Y más envejecía, me dijo, y más lejos se remontaban los recuerdos. Los pensamientos y los sentimientos experimentados en la infancia, afloraban incesantemente en su alma en un torbellino de impresiones confusas y violentas. Y esas vivencias, revividas con el pensamiento, lo sumergían, así se quejaba, en un mundo irreal, atestado de añoranzas del pasado y de miedo al futuro."

En agosto imploró la presencia de su amante en Niza.

"No me escriba, venga..."

"La necesito mucho en este momento. Me siento turbado por unas ideas tan extrañas, oprimido por una angustia tan misteriosa y excitado por sentimientos tan confusos que tengo ganas de gritar: "¡socorro!", cuando no está conmigo. Y ya hace tres días que no beso sus manos, sus bellas manos.

"Venga..."

"La espero con impaciencia, mi dulce y bella amiga. Necesito saber que todavía me ama. Su presencia me devolverá a la vida, porque su voz es la única que puede acallar en mí el campanileo del pasado.

"Beso sus pies para que la traigan hacia mí sin titubear..."

Esta llamada, este grito de extrema desesperación, determinó el último y fatal encuentro.

Ella fue; y aquel día, con voz dulce, pero monótona y cansada, la cabeza apoyada en el hombro de la amada, intentó describirle lo que sentía.

"Noto el alma pesada y la mente atormentada. A veces, me parece que no estoy viviendo la realidad, sino que sueño cosas confusas pero al mismo tiempo conocidas. Veo con extraordinaria nitidez los lugares donde jugaba, las calles por las que caminaba, la cama donde dormía de niño. Oigo las voces que entonces oía e incluso vuelvo a tener los pensamientos vagos e ingenuos que cruzaban por mi cabeza. Y la realidad se me escapa, se desvanece, se dispersa frente a los fantasmas del pasado..."

"¿Me comprende? Se me escapa la realidad. La vida misma me abandona. Presiento un final próximo e inesperado. Dicen que quien está a punto de morir vuelve a ver en el relámpago de un instante, todo su pasado en los más mínimos detalles... Pues bien, para mí es precisamente eso; ¿qué más pueden ser todos estos recuerdos imprevistos y tenaces de mis vivencias, sino otras tantas añoranzas de un tiempo pasado que jamás volverá? Intento imaginar con morbosa curiosidad qué clase de muerte me espera; quisiera saber, adivinar, prever como moriré."

¿De qué sirve apenarnos por el destino de Maupassant? Desde hace tres años sabía que satisfacer su apasionamiento sexual le conduciría directamente a la locura y la muerte. Mucha gente, incluido su camarero François, le había prevenido; pero nosotros pobres mortales, ¿nos conformamos con gemir sobre desventuras insospechadas e imprevisibles! También su actividad como escritor podía indicarle los progresos de la enfermedad física y mental.

Desde *Horla* hasta *Qui sait?*, el terrorífico y último relato que escribió, su tarea creativa hubiera debido servirle de advertencia. En principio todo exceso sexual le provocaba crisis de ceguera transitoria, dolores neurálgicos agudos, épocas de insomnio y horribles pesadillas que se traslucían en su obra. Entonces, recurría al descanso, a las dietas, a los baños, a las fricciones y, sobre todo, al cambio de aires. Luego vinieron interminables períodos de depresión nerviosa, interrumpidos por crisis intermitentes de exaltación y de euforia; más tarde surgieron las alucinaciones: con ellas perdía la razón y las recordaba lleno de humillación y vergüenza. Y continuamente le atenazaba esa indescriptible angustia mental que él consideraba un "inexpresable fastidio". Finalmente, perdió el control de sus miembros, empezó a ver fantasmas, visiones aterradoras que le daban la medida de su locura, perspectiva que afrontaba tan solo porque tenía el firme propósito de matarse si la expiación se volvía insostenible para sus fuerzas.

No obstante, continuaba anhelando las fatales caricias. ¿Quizá la sífilis había minado sus fibras morales? Muchos de nosotros hemos sufrido alguna depresión nerviosa entre los cuarenta y los cincuenta; pero una rigurosa abstinencia, un ejercicio moderado y un cambio de ambiente devuelven la salud y la razón. Maupassant pagó con creces el joven remero de Bougival que había sido y sus locuras con las *Mimís* y las *Musettes*.

Su camarero personal, François, fue el clarividente testigo de la última fase de su vida. Intuyó a primera vista que la querida de su amo, por el cual sentía un sincero afecto, era "una elegante y refinada burguesa, el verdadero tipo de gran señora educada en el Sagrado Corazón con sus modales corteses y frios". Pero llegó a odiarla al darse cuenta de los efectos causados por sus relaciones.

A menudo se sintió tentado de suplicar a la que llamaba "el vampiro" que no volviera por allí.

El 20 de septiembre, alrededor de las dos de la tarde, suena el timbre eléctrico del apartamento de la rue Boccador: "suena de aquella forma especial". Va a abrir y se encuentra frente a "esa mujer que ya ha hecho tanto daño" al señor. Como de costumbre, precisa al camarero, cruza el umbral erguida y entra en el salón, sin que su semblante, que parece de mármol, haya hecho el menor gesto.

Por la noche Maupassant, postrado, no hace alusión alguna a la visita.

El 29 de octubre, en las mismas condiciones de agotamiento, deja París para establecerse en el Chalet de l'Isère, en Cannes. El "inexpresable fastidio" ya no le abandona y el 5 de diciembre, según dice el notario, informa que se encuentra muy mal y no cree que vaya a vivir mucho.

Cada tres días, más o menos, va a almorzar a Niza a casa de su madre. François prepara él mismo los platos que su señor puede digerir.

El 24 de diciembre hace una larga visita a su madre y le promete volver al día siguiente, día de Navidad; su salud parece mejorar lentamente, espera poder volver a trabajar pronto y acabar un ensayo crítico sobre Turgenev. Recomienda leer las novelas de este autor a su madre y enviarle, por escrito, sus impresiones. Ella se lo promete.

Pero el día de Navidad se retracta; han llegado inesperadamente dos señoras, hermanas, una de ellas casada, y Maupassant pasa el día con ellas en la isla de Santa Margarita. Todos sabemos quien era la mujer casada. François no opina sobre este cambio de programa, pero cuenta que al día siguiente, por la tarde, Maupassant que iba caminando hacia Grasse, vuelve al cabo de diez minutos. Gritando, llama imperiosamente al camarero que se está vistiendo, y le dice que por el camino ha encontrado un espíritu, un fantasma. No lo confiesa, pero la alucinación le ha asustado.

Al día siguiente, el 27, almorzando, sufre un largo y violento ataque de tos, provocado, afirma, por una espina de filete de lenguado que le ha entrado en los pulmones y por cuya razón ¡bien puede morir!

El mismo día vuelve a escribir al notario diciéndole que va de mal en peor y que dentro de unos días habrá muerto. Cuando pretende subir a bordo de su velero para dar un paseo por mar, Raymond, el marino, observa que las piernas ya no le obedecen. Las levanta de golpe demasiado alto y las deja caer demasiado rápidamente. François ya había notado este síntoma de parálisis.

El 1 de enero Maupassant no es capaz de afeitarse; tiene "una niebla" ante los ojos, pero después de beber dos huevos y una taza de té, se siente fortalecido y decide ir a Niza, "porque si no vamos, mi madre creerá que me encuentro mal". François le acompaña.

Las versiones sobre este día difieren sensiblemente. La madre relata que conversaron toda la tarde sin apreciar nada anormal en él, excepto una especie de exaltación o sorda excitación. Estaban cenando los dos solos, cuando él empezó a divagar. Rehusó, a pesar de sus ruegos, quedarse por la noche en casa de la madre; "continuaba con su obstinada visión", y "vi hundirse en la oscuridad, exaltado, enloquecido, delirante, a mi pobre muchacho".

Diríase más digna de crédito la versión de François. En el almuerzo, preparado por él mismo en casa de la señora de Maupassant, estaban presentes, además de Guy, la cuñada, la madre y la tía, Madame de Harnois, a quien él tanto quería. A las cuatro Maupassant se dirige a la estación en berlina, sin olvidarse de comprar la uva blanca para su cura cotidiana. De vuelta a casa se pone una camisa de seda para estar más cómodo. Cena un ala de pollo, escarola a la crema y pudín de arroz, todo ello regado con un vaso y medio de agua mineral. Durante la velada se queja de dolores en la espalda. François le aplica una ventosa y le prepara una manzanilla. A las once y media Maupassant se acuesta. François sentado en la habitación de al lado, espera que el patrón se duerma. A las doce y media, el fiel sirviente se retira a su dormitorio, dejando, sin embargo, la puerta abierta. Al cabo de un momento suena el timbre de la verja del jardín. Es un repartidor de telegramas; François ve a su señor dormido, con la boca semiabierta, y no le molesta. Hacia las dos menos cuarto oye un ruido y se precipita en dirección al pequeño cuarto que hay al final de la escalera; allí, Maupassant, de pie, con una herida en el cuello, le dice: "¿ve, François, lo que he hecho? ¡Me he cortado el cuello, debo de estar verdaderamente loco!"

François pide ayuda a Raymond, el fornido marino; luego al médico, quien efectúa las suturas necesarias. Y después acuestan al desafortunado demente.

En el estudio sobre Maupassant que forma parte del primer tomo de mis Retratos contemporáneos, he podido profundizar sobre el drama. Llegué a Antibes a principios de enero de 1892, cuando todos hablaban de la repentina locura de Maupassant. Me dirigí enseguida a Niza y, a través de las versiones de los testigos, reconstruí con exactitud la escena del almuerzo en casa de su madre, en Villa Ravenelles. Durante la comida había estado divagando, justificando así los temores maternos; después de almorzar, se apoyó sobre la barandilla de la pequeña terraza en forma de media luna, bajo el cielo azul, frente al mar violeta cuya leve danza parecía un desafío a su angustioso tumulto; cito a continuación lo que entonces escribí:

"¡Cuán desesperadamente debe luchar para dominarse! A veces, contestando a alguna pregunta de sus amigos; otras, inundado por el sudor frío del terror al notar que el timón se le escapa de las manos; más tarde, devuelto a la realidad por una observación chistosa o algún detalle de la vida cotidiana: y a la vez, vacilando en el gélido torbellino de la memoria

que le abandona, perseguido por huestes de terroríficas alucinaciones, mientras en él persiste la certeza consciente y horrible de estar loco, loco para siempre, y que todos los esfuerzos, por desesperados y tenaces que sean, para reponerse, para no precipitarse en el abismo, resultarán inútiles; resbala, resbala, negándose en vano, en vano ensangrentando sus manos, y cae. El abismo está allí, abierto de par en par..."

Volvió a Cannes en tren, y dos días después François, oyendo sonar el timbre, corrió al dormitorio de su amo y lo encontró perdiendo sangre a borbotones y gritando como un obseso:

"¡Otro hombre a la basura! ¡A la basura!

Más tarde se descubrió que Maupassant había recurrido a su pistola, pero al observar que François la había descargado, la devolvió a su lugar, cogiendo a continuación el abrecartas, que no cortó profundamente el cuello pero desfiguró su aspecto.

El médico logró acostar a Maupassant, quien se durmió, mientras François y Raymond lo velaban en la penumbra: se había cumplido lo irreparable.

Al día siguiente se averiguó que el telegrama era de la mujer amada, pero Maupassant nunca pudo saberlo.

Es notorio que las condiciones del gran escritor se agravaron rápidamente y fue internado en el establecimiento sanitario del doctor Blanche, donde, reducido a una existencia puramente animal, murió un año y medio después, el 3 de julio de 1893.

## NOTAS.-

1.- De Mi vida y mis amores, la fantástica autobiografía de Frank Harris, escritor, editor y play boy, nacido en 1854 en Galway, Irlanda, y muerto en 1931 en Niza.

2.- Escritora norteamericana que había venido a Europa a estudiar canto.

3.- En 1880 Zola, Maupassant, Huysmans, Alexis, Ceard y Hennique se reunieron en casa del primero, en Médan, donde acordaron escribir un cuento sobre la guerra franco-alemana cada uno. Estos cuentos, publicados posteriormente bajo el título de Las veladas de Médan, son considerados como el manifiesto del naturalismo francés.

4.- Revista literaria londinense dirigida por Frank Harris desde 1887 hasta 1895 y en la que colaboraron entre otros G.H. Wells, Matchew Harnold, Swinburne y George Meredith.

5.- Una variante de nuestro Mens sana in corpore sano.

6.- Paul Bourget, escritor francés nacido en Amiens en 1852 y muerto en París en 1935. Fue definido: le bon ouvrier des lettres.

7.- Cesare Lombroso (1835-1909), penalista italiano considerado el iniciador de la antropología criminal.